

Crítica

DE ARTE

■ Juan Bernal Ponce

¡Esa es la vida...!

"Reunión de familia". Retrospectiva de esculturas de Leda Astorga, en la Sala Julián Marchena

La obra de Leda Astorga ya tiene su lugar en la escultórica nacional por su vitalidad, desenfado y esa crudelísima revelación que perpetra del fondo oscuro del cuerpo social contemporáneo.

Si Zúñiga y Villegas trabajan la idealización de sus modelos yendo tras lo trascendente por el camino de la epopeya, si Sancho procura la armonía en la estilización y Calvo transita un naturalismo sobrio, costumbrista, Leda Astorga por su parte, se adentra sin trepidar en las rutas de la caricatura y el *kitch* guiada por la pasión de la vida.

Posee el don de la observación de los tipos humanos que configuran las capas cada vez más distantes de nuestra sociedad en crisis de valores, una sociedad mediocrática donde la conducta está ritmada por los fastos del consumismo avivando la mascarada de la apariencia y la molición del dinero plástico y fácil.

No debemos engañarnos, detrás de su sonrisa de Gioconda, Leda esconde un látigo implacable y sus figuras lejos de

ser, como superficialmente parecen, solo divertidos ejercicios de humor, "divertimentos" coloreados, están empapadas del ácido corrosivo de una crítica implacable, ejecutan una revelación de los valores falsos como nunca antes se intentó en las fronteras del arte costarricense. Para eso se necesita un coraje abundante en Leda, pero, en general, muy escaso. Los guardianes de la doble moral y de la mojigatería, carentes de sagacidad, no gritan ¡sacrilegio! porque no perciben el potencial subversivo de esas fascinantes esculturas policromadas.

Astorga modela las holgadas proporciones de matronas libidinosas, el arco versallesco de los besamanos, el acoso y la estulticia captados en actitudes y gestos que configuran un ballet a medias grotesco, a

medias jocoso, siempre grato; los colores adjetivan con precisión la intención primaria.

Perpetra gentiles sacrilegios. Primer sacrilegio: se apropia de la técnica de la escultura policromada propia de las iglesias. Segundo sacrilegio, utiliza esa ma-

teria banal que es el cemento. Tercero, exalta el amor no como florido soneto, sino como rudo y gustoso ejercicio carnal y mortal y por último le dedica una pasadita a la sociedad de arriba a abajo, liviana y cariñosamente, sin querer queriendo.

Sus 22 esculturas configuran una humanidad bullente, se mueven y viven en el espacio frío de la galería, lo pueblan porque hablan, ríen, fornican, presumen y lloran. Para caracterizar este punzante testimonio del fin de siglo, no encuentro mejor que las palabras de la autora: ¡Esa es la vida...!



MUY CRITICA. Las obras de Leda Astorga develan los falsos valores.